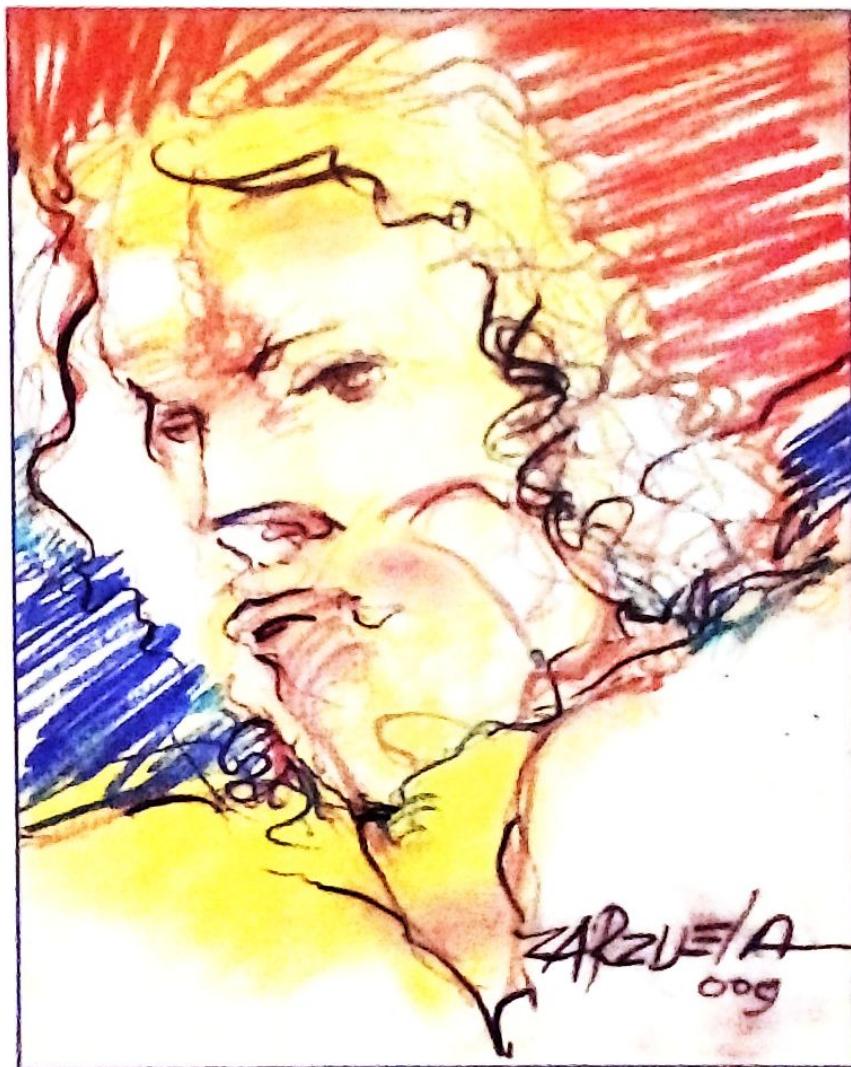


Se le aparece cada quincena



Jorge Suárez • Dulcardo Guzmán • Cuentos campesinos • Víctor Montoya
Adolfo Castañón • Varios • Felipe Mansilla

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVII nº 415 Oruro, domingo 12 de Abril de 2009





Cnslo. Pastel sobre cartón
Erasmo Zarzuela Chamblí

Alfaro: Rey Mago

Me lo imagino a Óscar Alfaro, retornando a Tarija sobre un borriquillo de mansa seda. Así debe ser su regreso al país natal, de donde un día salió a recorrer la tierra como un mago, llenas las alforjas de relampagueantes luces, cornetines agudos que llamaban a los pájaros y panderetas. Ahora que es vacaciones, debe detenerse ante el umbral fresco de las escuelas y dejar allí un par de cuentos tuyos. No vaya a ser que venga un niño sin regalo. Un niño de esos que no haya alcanzado a percibir su juguete —muñeca rota y recosida— del providencial reparto de los Leones (...).

Óscar Alfaro ha regresado definitivamente al país de la inocencia eterna: la muerte. Murió de donde vivió más: del corazón. A su paso resuena un coro formidable. Eso lo sabemos nosotros. En cada casa, en cada aldea, hay un niño que guarda —en el secreto rincón de sus dioses más secretos, un verso suyo, un cuento. Pasará el tiempo: vastos ídolos se derrumbarán hasta el más profundo olvido, ciertos relieves se apagarán en el polvo, pero un poeta como él sólo podrá convertirse en cegadora piedra, en realidad constante y perdurable. Éste será su retorno, o éste ya es su retorno.

Jorge Suárez. Poeta La Paz.

el duende

director: luis urquieta m.
viejo editor: alberto guerra g. (†)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
adolfo cáceres r.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
illa 448 telfa 5276816-5288500
elduende@zofro.com
elduendeoruro@yahoo.com
lurquieta@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende

Homenaje al 15 de Abril

¡15 de Abril! Atalaya de bronce
sempiterno en la rosa de la aurora
y en el clarín fulgurante de la tarde.
¡Bastión de lealtad! ¡Amor de Patria!

¡15 de Abril! Perfil del Molo Méndez,
bridas y estribos, alazán de fuego.
atravesando la pizarra de la noche
como un dardo de luz incentivando gloria.

¡15 de Abril! En la fragua de nuestros corazones
se forja una campana de claveles
para aromar el pulso de las horas
gesia, vibrando a gloria.

¡15 de Abril! De pie, con dignidad augusta
peregrinos de todos los caminos
le entregamos la palma y el olivo
¡con las manos abiertas y extendidas!

¡15 de Abril! Los pañuelos de los álamos
ballan una cueca verde
con el violín de la brisa.
La Cuesta de Sama estalla
en una salva de aplausos
al paso de los jinetes.

¡Ay 15 de Abril! Chapaco,
al son del erke y la caña
entonemos una copla
bailándola zapateado
con la abarcas del pueblo.

Dulcardo Guzmán Soló. 1922 – 2007. Poeta orureño.



Cuentos de los niños campesinos

Compilado por la Prof. Ruth Cárdenas en su llegada de Italia a San Antonio de Senkata (provincia Aroma del departamento de La Paz) en 1977.

Cuando despertaron los ciegos

En un pueblito siempre cubierto de nieve y nada más, había un muchacho ciego, llamado Antonio, que vivía con sus padres, los dos ciegos y con sus abuelos también ciegos. Todos en esa casa, desde el perro Gaucho hasta las moscas, las vinchucas y las gallinas, eran ciegos, vivían como de noche, sin ver el sol, ni los ríos, ni los campos. Caminaban como borrachos tristes, trabajaban sin saber cómo, dormían poco, no sonreían y no sabían qué cosa comían. Estaban casi muertos.

Hasta que un día llegó al pueblo un señor extraño y enseñó a leer y escribir a todos; entonces Antonio y su familia recobraron la vista, desaparecieron del pueblo los ciegos y la gente fue feliz. Hasta Gaucho, con sus ojos bien abiertos, miraba el sol y movía su cola de derecha a izquierda.

Beatriz Limache



El sapo feo

Una vez en el río Desaguadero, vivía un sapo que se llamaba Gregorio; él estaba siempre solo, hasta que un día llegó a la orilla una paloma linda y el sapo se enamoró.

Cuando los choclos se estaban abriendo, Gregorio le declaró su amor, diciéndole que quería ser su marido, pero la paloma, riendo a carcajadas, le respondió: "¡Pobre sapo feo!... Yo me casaré con un grillo muy rico. ¡Tú me das asco!" Y se alejó volando alto.

El sapo lloró y, cuando estaba por arrojarse de la punta de una piedra, pensó: "Soy feo pero no tonto, por eso, antes de la Navidad, me iré a otro lago".

Así, Gregorio se fue y la paloma se quedó sola, porque el 24 de diciembre, en la noche, el grillo se escapó con una mariposa viuda, más linda todavía.

Nicolás Laura Yupanqui



El viento

Yo conocía a una familia pobre con pocos animales y muchas penas.

Un día, cuando iba a mi escuela, vi gente en sus alrededores; el viento de la noche, como un patrón abusivo, se lo había llevado el techo de su casa. Doña Francisca, alada a su marido y a sus cuatro hijos, lloraba pidiendo auxilio, en medio de los platos rotos y de todas sus cosas desecharas. El techo, como un sombrero de lata, volaba lejos. Nadie podía hacer nada, ni siquiera yo, pues era chico todavía.

En ese modo me fui muy dolorido, esperando que aquel ladrón no llegara a mi casa.

Miguel Mamani Estaca



Inti era mi perro

Yo vivía en una casa de barro. Mi padre y mi madre se murieron en un accidente y me quedé solita y triste, trabajando para no morir de hambre. Mi único compañero era Inti, un perro negro y flaco, pero yo le quería porque siempre estaba conmigo de día y de noche.

Cuando llegó el frío, me enfermé y no podía trabajar más; me dolía la garganta, tenía tos, dolor de cabeza, dolor del cuerpo, y nada para comer.

Después de unos días, vi a Inti que giraba persiguiendo su cola. Yo creí que estaba jugando, pero él continuaba a girar y girar todos los días; ya no quería ladrar y tenía la cara llena de pena. El domingo, cuando me levanté de la cama para darle un hueso, estaba frío, muy serio y con su cabeza derribada sobre un costal vacío. Cuando lo miré mejor, me di cuenta que era un muerto. El hambre lo había hecho enloquecer antes de matarlo, por eso giraba detrás de su cola.

Llorando mucho, lo enterré en el patio de mi casa, y en seguida el corazón me empezó a girar y girar...

Felipa Ticona Laura

El pájaro de lata

En un lago grande como un mar, vivía desde hace tiempo una ballena y a su lado un monito. Los dos eran buenos amigos.

Una vez, el monito fue a casa de la ballena para contarle, muy asustado, que en una aldea del altiplano, unos hombres extraños estaban matando a todos los animales chiquitos.

Escuchando aquella triste historia, la ballena le dijo a su amigo: "Vamos a pueblo para ayudar a esos animales".

Se pusieron en viaje en seguida, pero vieron alejarse en el cielo un grande cóndor de lata. "Este pájaro se llama avión", dijo el monito que era muy inteligente. En ese momento, el aparato se bajó arrojando sobre ellos una pelota plateada. Los amigos no encontraron dónde ocultarse, y la pelota fue a estrellarse contra sus cabezas, triturándolos en mil pedazos. ¡Era una bomba!

Así nomás, la ballena y el monito, se murieron muy tristes.

¡Los pájaros fabricados no son como los pájaros de verdad! ¡Hay que estar atentos!

Justino Choque Estaca



Víctor Montoya

Amor y desamor en los cuentos de Adolfo Cáceres Romero



La reciente publicación de "Cinco noches de boda", bajo el sello Editorial Kipus y Escritores Unidos, es un buen ejemplo de que la literatura boliviana ofrece emoción y belleza, con escritores de la talla de Adolfo Cáceres Romero, quien, a tiempo de moverse con soltura en un territorio sensual y explosivo, donde convergen las descargas eróticas y el fulgor de las pasiones, nos acerca a temas narrados con verosimilitud, recreando a personajes que se cruzan en las rutas de la realidad y la ficción, con un estilo sencillo pero elegante, propio de un autor capaz de elevar a potencia literaria una situación cotidiana, sin más recursos que el verbo y la imaginación.

Los cuentos de Cáceres Romero, que en el fondo cuestionan la doble moral en torno a la sexualidad y los cánones de un sistema patriarcal, nos revelan la variedad de relaciones que se dan en una cultura compleja y contradictoria. Recrea con conocimiento de causa las historias en las cuales el matrimonio dura sólo hasta la misma noche de bodas o se declara el divorcio seis meses después de una luna de miel apenas disfrutada. Se tratan de parejas que, por motivos de infidelidad, conveniencia, presión social o incompatibilidad, están destinadas a romperse como vasijas de barro antes de que terminen de sonar los valses de Strauss.

No es casual que los protagonistas de "Noche de bodas 1" lengan un matrimonio lugaz, al descubrirse que la novia no llegó virgen al lecho nupcial. En tales circunstancias, es probable que el sueño de envejecer junto a un solo hombre puede trocarse en pesadilla en países donde existen familias conservadoras que, debido a los tabúes sexuales y los avatismos culturales, aconsejan a la novia conservar su virginidad hasta la noche de bodas.

El libro es un abanico de matrimonios por conveniencia y por "los qué dirán" en el entorno social; bodas en las cuales los padrinos e invitados se miran extrañados cuando no oyen un sí rotundo en los labios de la novia o el novio, sino dubitativo, como cuando se pronuncia una queja luego de tener un cuchillo clavado en el pecho. En el cuento "Noche de bodas 3" asistimos a un enlace pactado por los padres y familiares de la pareja, según rigen las tradiciones en el mundo musulmán, ya que la hija del comerciante árabe es desposada con un hombre que llega desde Palestina. El matrimonio, en este caso, no sólo se da por conveniencia, sino también por afinidad social, cultural y racial. Y, lo que es más grave, tanto el hombre como la mujer deben pedir perdón a Alá por sus impulsos sexuales y su deseo de conocer el amor a través de un orgasmo compulsivo y placentero, como si se tratara de un pecado fatal.

Los motivos del divorcio son varios, como varias son las desilusiones en la vida conyugal; a veces por el simple hecho de que la obesidad de la mujer no permite la satisfacción sexual del hombre, o porque al marido le falta ingenio erótico para complacer la lujuria de su esposa. A estos casos se suman los matrimonios imposibles por falta de compatibilidad de caracteres o porque la mujer perdió, tras largos años de consorte, los bríos y la belleza de la juventud, como en el cuento "Bodas de plata".

El autor está consciente de que en algunos matrimonios se esconde la infelicidad detrás de los mantos de la apariencia, hasta que no demora en ser descubierta como en "Noche de bodas 2", pues allí donde no reina un amor verdadero, los besos no saben a nada y la relación, aparte de convertirse en una situación insostenible, acaba por ser una farsa ante propios y extraños. Queda claro que en estas bodas no tienen sentido los sermones del cura ni suena como debe la marcha nupcial en el órgano de la iglesia.

El cuento "La última noche de boda" nos transmite el mensaje de que la mujer viuda puede vivir abrazada a los recuerdos. Incluso el vestido de novia usado durante la ceremonia, llega a ser tan importante como el amor que los novios se prometieron ante el altar. Un vestido de novia tiene la fuerza de evocar los recuerdos de quien la usó y lució durante esos instantes en que la felicidad parecía eterna como en los cuentos de hadas, donde los amores se redimen y la muerte está asociada a la infelicidad. No cabe duda que la memoria es un instrumento que permite conservar los recuerdos del pasado. De ahí que el simple hecho de ver una imagen impresa en el periódico, como sucede con la protagonista de "El compromiso", puede ser suficiente motivo para recordar tiempos idos y un episodio importante en la vida, sobre todo, si la imagen está asociada a un compromiso que se hizo público y sirvió de preámbulo al acto matrimonial.

Cáceres Romero, con la experiencia de vida que lo amerita, nos enseña que no siempre se cumple el dicho de que "el amor lo puede todo, cuando es verdadero". No al menos en una cultura donde una mujer puede ser despreciada cuando pierde la virginidad antes de la boda o pierde a la criatura que crece en su vientre; en una colectividad que cree en la falacia de que una "solterona" es una mujer incompleta y un "sollerón" la vergüenza de la familia; en una sociedad donde las empleadas domésticas son las enciendas de la casa, las que realizan todas las tareas que rechazan las damiselas, atendidas a la absurda idea de que el cumplimiento de los deberes domésticos les corresponde a las sirvientas y no a las señoritas.

"Cinco noches de boda", además de ilustrarnos que el desamor es una fuerza capaz de convertir al hombre en una bestia, está lleno de dramas provocados por el crimen pasional, el adulterio, los celos enfermizos, la violencia de género, el odio, la venganza y la sinrazón, como cuando el personaje de "El ADN de Dinora" cree que su mujer lo traicionó con otro hombre, y que la hija que tiene es ilegítima, hasta que comete un crimen y se entera tarde, ya demasiado tarde, que la prueba de ADN no correspondía a su hija, sino a otra persona, y que la información que recibió se debió a un error involuntario.

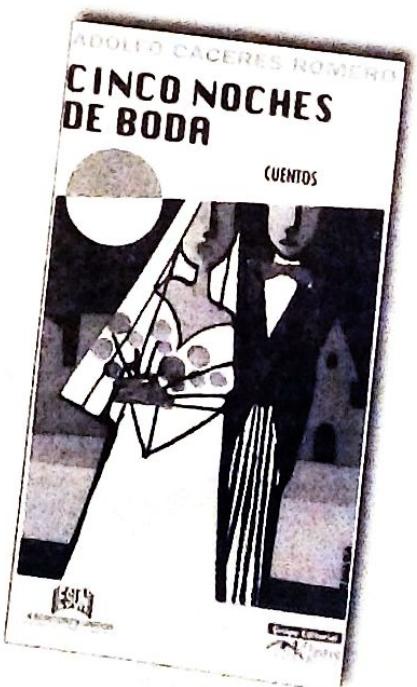
En el cuento "Noche de bodas 4" asistimos a la frustración de un amor soñado pero perdido de antemano, ya que la ausencia del personaje, destinado a cumplir el servicio militar obligatorio, provoca que la mujer de su vida se en-

treque a los brazos de otro hombre. Entonces el protagonista, presa de un torbellino de celos y navaja en mano, se ve impulsado a cometer un crimen pasional. Lo interesante del cuento es que el autor permite que el lector imagine el desenlace trágico de esta historia de amor.

Al culminar la lectura de "Cinco noches de boda", compuesto por dieciocho cuentos, uno queda con la ligera sensación de que el tema del amor es tan infinito como infinitas son las razones del desamor. Los temas se yuxtaponen en un recio manejo del lenguaje coloquial, mientras las reacciones psicológicas de sus protagonistas son afines a las de cualquier ser humano. El lector está ante una obra que lo hará vibrar de emoción y suspense, con pinceladas que reflejan el mosaico multicultural de un país donde la geografía contrastante entre el altiplano y el oriente, constituye un magnífico escenario para contextualizar cuentos que tienen un principio que atrapa de inmediato y un desenlace que es casi siempre sorpresivo, como en los mejores cuentos de los grandes cultores de este género literario.

Por lo demás, en este magnífico libro, que tiene la intención de desvelar los mantos de la hipocresía y romper con la mojigatería de quienes, amparados en la doble moral, predicaban las virtudes de una sociedad que vive a caballo entre su pasado y la modernidad, queda de manifiesto que los tabúes sexuales, los prejuicios sociales, las aladuras mentales y los avatismos culturales son, de una manera consciente o inconsciente, verdaderas cuñas en la felicidad de un hombre y una mujer que funden sus vidas en una noche de bodas.

Víctor Montoya. Escritor boliviano.
Reside en Estocolmo - Suecia





Adolfo Castañón

Ahora nos toca cuidarla a ella en nosotros

Homenaje del escritor mexicano Adolfo Castañón a la prolífica poeta peruana Blanca Varela, fallecida a los 82 años el pasado 12 de marzo.

Esse puerto existe (1959) fue el primer libro de Blanca Varela, una mujer de apariencia frágil y de recia fibra audaz. Lo publicó, "un poco contra su voluntad, casi empujada por sus amigos", la editorial de la Universidad Veracruzana en su colección "Ficción", con un prólogo afilado y clarividente de su amigo el poeta Octavio Paz, quien la conoció en París cuando ambos eran muy jóvenes. Allíada con el pintor Fernando de Szyszlo, la poeta recorrió al lado de su amigo y esposo los talleres y las buhardillas, las salas de los museos y de las universidades, los cafés y los puentes, junto con otros jóvenes hispanoamericanos, como el nicaragüense Carlos Martínez Rivas y los mexicanos Rulino y Olga Tamayo, entre una legión de amigos.

El libro debe su título a Paz. Blanca –un buen nombre para una dama finísima dedicada a la ingrata tarea de buscar un lugar en la tierra para la voz de la poesía– contó cómo el título original iba a ser el de una pequeña localidad marítima del Perú: Puerto Supe. A Paz no le gustó el título y ella respondió con una voz casi exasperada: "Pero, Octavio, si ese puerto existe." Él sonrió, siempre atento a las insinuaciones de la poesía en el habla diaria: "Ése es el título, Blanca, ya lo tenemos".

Aunque escrito por una muy joven poeta –que no creía en las artes sino en la eficacia de la palabra y el poder del signo, para frasear a Paz–, el breve libro era ya una obra enunciada por una voz inusitadamente poderosa, no opulenta, intensa a fuerza de contención y velocidad asociativa.

Varela había participado junto con su maestro, el alto poeta surrealista Emilio Adolfo Westphalen (amigo y compañero de César Moro), en la notable revista *Las moradas*. De ellos aprendió ese arte del balbuceo y del queibe que es una de sus mayores contribuciones a la lírica castellana. Y de la amistad y afinidad con ese pétreo poeta calcinante, Westphalen, trajo ella a la lírica el acento despojado y veloz, la cuerda nunca monótona y el tono de asertiva e inusitada sobriedad que invita a la invención de otra cordura. Pero ya desde ese primer libro se puede advertir otra huella o, más bien, otro rumbo en su metabolismo poético: el de la palabra armada en el taller de los pintores y escultores contemporáneos y abierto al diálogo con las artes plásticas: Picasso, Matisse, Léger, Van Gogh, Giacometti, Brâncu I, a quienes ella y Fernando de Szyszlo pudieron conocer –a veces en persona, a veces sólo a través de su taller, siempre por su obra.

Blanca Varela restituyó al cuerpo de la lírica hispanoamericana una tensión atenta, una inteligencia ética en la fragua y en la composición del poema que parecía dictada por la lección sobria de esos maestros de las artes plásticas modernas a quienes conoció en París en los años cincuenta, cuando –como ha dicho Szyszlo– "estaban vivos todos los monstruos": Simone de Beauvoir (de quien fue confidente y amiga), Sartre, Breton, Bataille, Malraux, Camus, Duchamp, Giacometti, Éluard, Papaloa, Cloran...

La pequeña e inteligente Blanca era rápida como la brisa y simpática como un rayo de luz. Tenía una conciencia esculpida del otro, y tal vez ésa fue la razón de que haya hecho tantas amistades en esa ciudad, donde parece haber conocido a todos: uno por uno, una a una. No maravilla que se haya llevado de vuelta a Lima, como un regalo transparente, esa lección ética y estética de sobriedad y convivialidad que de algún modo ya traía un poco en la sangre.

Era Blanca como un lúmpido estandarte de la más alta



nobleza espiritual americana. Nuestro maestro y amigo José Luis Martínez, la conoció cuando fue embajador de México en Perú y ella lo puso en contacto con la pléyade limeña de entonces: Carlos Germán Belli, Javier Sologuren, Ricardo Silva Santisteban y, a la distancia, Luis Loayza, Julio Ramón Ribeyro, Jorge Eduardo Eielson. Además, lo acompaña a visitar al historiador Raúl Porras Barrenechea y, desde luego, a visitar librerías de lance. Poco después, cuando José Luis Martínez fue nombrado director del Fondo de Cultura Económica en 1977, designó a Varela directora de la filial en Lima.

Fueron años de intensa actividad en la promoción cultural. Secretamente, Blanca seguía puliendo sus versos por las noches o las madrugadas en su casa de Barranco, frente al mar, mientras leía poesía clásica española. *Canto villano, Ejercicios materiales, El libro de barro*, fueron saliendo de sus manos como fulgurantes piedras pulidas. Le dio al FCE en Lima, y desde Lima, un vuelo que sabría mantenerse luego, en los siguientes años, con el poeta Jaime García Terrés, y más tarde, durante la primera administración de Miguel de la Madrid. No, no habla mucho dinero, a pesar de los aires de grandeza que les gusta darse casi siempre a los mexicanos. Pero la nobleza de Blanca, su voluntad y su conocimiento preciso del terreno –era una se ora no sólo digna sino tremendamente práctica– fueron armando, con ayuda del poeta y tipógrafo Abelardo Oquendo, una breve biblioteca peruana con ediciones y coediciones propias. Tan celosa con los recursos como con las erratas, Blanca tenía una verdadera cultura económica –para jugar con el nombre de nuestra editorial– y, al final de su gestión, tengo entendido, dejó como herencia para las siguientes administraciones un pequeño capital para seguir haciendo y distribuyendo libros americanos en América.

Blanca Varela, además de escribir poemas cortantes y elocuentes, para buscar la voz de su voz, sabía hablar cara a cara y al tú por tú, al vos por vos, con el príncipe y con el mendigo. Gracias a ella, a su amistad inteligente, a su magnetismo y tesón, figuran en el catálogo del FCE los nombres del Inca Garcilaso, Mario Vargas Llosa, Luis Loayza, Julio

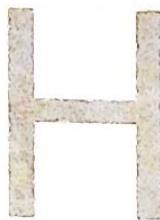
Ramón Ribeyro, José María Arguedas, Franklin Pease y muchos otros.

Menuda, lina, divertida y certera, Blanca no pasaba inadvertida. Una anécdota: durante uno de los festivales internacionales de poesía de la ciudad de Medellín, organizados por Fernando Rendón y Ángela García. Blanca fue invitada a leer poemas en un inseguro barrio de las afueras, todavía dominado a fines de los ochenta por la violencia y la guerrilla. A la lectura asistieron unos encapuchados armados. Al final, uno de ellos se acercó y sacó de una bolsa otra donde venía cuidadosamente envuelta la edición inconfundible *Canto villano* que se había publicado en México. Era evidente que el libro había sido leído muchas veces. El encapuchado le pidió a Blanca que se lo firmara sin dedicárselo. Así lo hizo ella y el hombre vestido de verde desapareció. Poco después, vio acercarse a un estudiante sin máscara que llevaba en la mano el libro que Blanca acababa de firmar. Se despidió de ella con un beso y una sonrisa. Esta anécdota transluce algo del alma generosa de Blanca, poeta, lectora, alegadora de jóvenes poetas, editora, ciudadana y gran se ora de la palabra y el silencio, guardia celosa del lugar del canto.

Cuando, en plena campaña a Vargas Llosa por la presidencia de la república, los también escritores y también políticos Julieta Campos y Enrique González Pedrero (a la sazón, elmero director del FCE) hicieron una visita a Lima, sostuvieron una cena con el escritor y su esposa Patricia. Además, los acompañaron Mauricio Merino y el suscrito testigo. La cocina –deliciosa– la preparaba una simpática se ora danesa, amiga de Blanca, que me recordó a otra santa, Karen Blixen. Eran los a os rudos y crudos de la actividad de Sendero Luminoso. Durante la cena, Blanca dijo poco, pero todos dejaban de hablar cuando ella tomaba la palabra. Blanca traía la palabra limpia, la palabra verdadera del que sabe conversar y debatir a mano limpia y puede hablar y callar con todos.

Sus últimos años fueron una lección que ahora, después de su partida, seguirá creciendo. Para recordármelo, además de los poemas en sus libros, tengo una pequeña llave prehispánica tallada en cuarzo y ceida por un anillo de plata. Es un juguete o un amuleto de sacerdote inca que Blanca Varela me regaló en uno de sus últimos viajes a México diciéndome: "Cuidalo para que te cuide". Ahora nos toca cuidarla a ella en nosotros.

Tomado de *Letras Libres*, México



Homenaje al Día del Niño

La Organización de Estados Americanos (OEA) y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), redactaron el 12 de abril de 1952, la Declaración de Principios Universales del Niño, a consecuencia de la desigualdad y maltrato que los niños sufrían en el mundo. En 1955, durante la presidencia de Víctor Paz E., se instituyó en Bolivia como Día del Niño, el mismo 12 de Abril.

René Bascopé Aspiazu manifiesta que Los niños son pedazos de ternura acosados por la vida. Siendo la poesía testimonio histórico y activo de las sociedades, El Duende rinde homenaje a la niñez, en la voz de 7 poetas bolivianos.

Pequeña muerte

A Emilio Salvatierra, pequeño
trabajero que murió en la mina

Ha muerto y su cadáver todavía sigue con temblorosos huesos espectando la cortina metal de la neblina que en horizonte gris de Camanchaca se derrama licuada por la falda del cerro.

Fue sin querer,
y apenas sospechó de la luciérnaga vil que encendió en la veta,
apenas, se acercó en curiosa actitud,
sin desenfreno,
con la mano tendida
como en las tardes
se allegaba a su madre
a recibir el plato sub-nutritivo
cuando la muerte le llegó de súbito
como un enorme sol
de despavoridos dardos.

No tuvo tiempo de madurar su vida,
no tuvo tiempo de empezar
a sentirse en dimensión
de golpe, de salario, de beso,
de orgasmo desmedido y clandestino,
no tuvo tiempo de labrar sus ojeras
con insomnios de padre
ni amarrarse las vísceras
en borrachera sacra
buscando la pajarería nocturna
de la coca.
No tuvo tiempo, ni siquiera, tan sólo
de inventar adjetivos
contra los sucios capataces del estao.

La muerte le llegó intempestivamente
sin pre-aviso social
arrebatándole lá lumbre de las sienes
con explosión certera de gajos minerales
y llamas corrompidas.

Ha muerto
y su cadáver todavía sigue
con temblorosos huesos espectando
la cortina metal de la neblina.

Héctor Borda Leano

Canción para dormir a los niños mineros – 3

Tejeremos una cuna
entre tablas de pino blanco,
trapos viejos de color
y una canción sencilla
que pueda hacerte soñar.

—Duérmete mi niño
¡deja de llorar!
el hambre es un loco
y te puede llevar

Aunque seas lo que somos,
un minero, nada más;
aunque tejas en tus dedos
hilos de pena y dolor:

—Duérmete mi espejo,
duérmete así...
cuando viene el hambre
mejor es soñar.

Ni la los de tu padre,
ni los desvelos míos
turbarán tu sueño
en la cuna del amor.

—No despiertes hijo,
mejor os soñar...
Cuando llegue "el pago"
te haré despertar...

Alberto Guerra Gutiérrez

Definiciones

Gorrioncillo	Amigo del tiempo
Cuaresmero	Flor de pascua
Golondrina	Trotamundos
Colibrí	Arcoíris
Hornero	Albañil del aire
Carpintero	Clavo y martillo
Iripitas	Juguetonas
Chulupías	Musicales
Blentefué	De la buena suerte
Tarajchi	Calumnado
Solito	Con su solita
Ruisenor	Voz del cielo
Cotorra	Charlatana
Tordo	Cantor pendenciero
Zorzal	Guitarrero
Loro chaqueño	Habladur y malpalabrero

Myra Castaño Colodro

Viaje al pasado

Desde adentro, desde adentro
desde el fondo de un abismo
viene corriendo a mi encuentro
un niño que soy yo mismo.
Iluminando el olvido
con este niño en los brazos,
yo voy haciendo pedazos
los años que ya he vivido.
Hallo mi casa materna
donde está mi madre eterna
en el fondo del pasado
frente a un Dios Crucificado.
Junto al molino coplero
lleno de antigua fragancia,
sigue jugando mi infancia
con la hija del molinero.
En los vientos pastores
desgranen su florilegio
de canciones infantiles
las campanas del colegio.
Y perforando los años,
desde el abismo profundo
salgo de nuevo a este mundo
lleno de niños extraños.

Oscar Altaro

La niña en pena

Tiene una pena tan honda
que por ser muda es tan India:
no encuentra refugio de lágrimas
ni palabras de evadida.

Para que ignoren las gentes
cómo quema llama viva,
la agazapa en sus entrañas
tras un velo de sonrisas.

Pero la pena, ¡tan penal,
luna tras luna se iba
transformando en un veneno
de ignoradas alegrías...

No importa ya las gentes
se digan lo que se digan:
ahora rie de pena
y tiene llanto la dicha.

¿Para quién teje esas blancas
madejas de sus cantigas?
En sus impacientes manos
aletean las caricias...

Guido Vila-Gómez Loma

El cucu

El viejo cucu
era el espanto,
si no dormías
estaba al tanto.
¿Quién era el cucu?,
¿quién lo sabría?

que nunca vino
hasta ese día.
Pariente fuera
de trucutucu,
¿o era tan sólo
como un ancucu?

Aquel don cucu
se fue al rincón,
a cazar moscas
y un moscardón.
Así no vuelve
a tu canción,
y tú te duermes
como un lirón.

Hugo Molina Viana

A mi hija

Estoy sola para mi llanto,
inmenso escarabajo en mis pestañas
que oculta el sol, en tanto avanza el día
y tu imagen alta de morena pálida
evoca el tema de la flor,
augurando un mañana de alegrías
para el infinito quebranto de mi voz.

Milena Estrada Sainz.

H. C. Felipe Mansilla. Bolivia, 1942. Doctorado en ciencias políticas y filosofía en Alemania. Profesor visitante en universidades de Alemania, Australia, España y Suiza. Miembro de número de la Academia de Ciencias de Bolivia y de la Lengua, correspondiente de la Real Española.

África y Julitane

Conclusión

En el Instituto de Altos Estudios Internacionales de la Universidad de Ibadan, ante la flor y la nata de la intelectualidad nigeriana, leí mi discurso sobre la necesidad de políticas públicas de largo alcance en lo que se refiere a la protección del bosque tropical y de los ecosistemas amenazados. Desde un comienzo mis oyentes dieron muestras de impaciencia ante un tema incómodo. Después de media hora, se levantó un murmullo de molestia y hasta mal humor. Un distinguido catedrático me interrumpió y afirmó que lo que yo decía se parecía nada menos que a los programas de los Partidos Verdes en Europa, dando a entender que ello era la culminación de las ideas más horribles y necias que la mente humana podía concebir. Casi todo el público se plegó a esta muestra de disconformidad, y allí mismo empezó una sesión de bromas y música tropical improvisada, cosa muy usual en aquel continente. Mientras yo daba por concluido mi discurso, comprendí por qué no hay leones ni elefantes ni selva tropical en el África Occidental. Para ver esas hermosas creaciones de la naturaleza, uno tiene que ir a algún parque natural en Kenia, Tanzania o en la República Sudaficana. Años después, mi jefe y amigo me informó que algunos de los participantes en el coloquio llegaron a ocupar puestos bien pagados en instituciones consagradas al desarrollo sostenible (cuando este tema alcanzó una gran notoriedad en las organizaciones supranacionales) y que el famoso profesor que no me dejó terminar mi modesta alocución había llegado a ser Ministro de Medio Ambiente del último gobierno militar en Nigeria.

El director de aquel Instituto y vicerrector de la Universidad de Ibadan, nos invitó a cenar a su residencia privada para hablar de "temas serios". Me acuerdo sobre todo de un comedor inmenso, recubierto de maderas nobles, donde nos esperaban deliciosos manjares. A la entrada cada huésped recibía tres regalos: una mujer joven, una botella de cinco litros de whisky y unas hierbas contra la indigestión. El anfitrión nos aseguró que las chicas eran de Malí o Etiopía, como las que ofrecía todo hombre generoso. Pese a estar acompañado por Julitane, tuve que aceptar a la chica, pues rechazarla hubiera sido considerado un acto de torpeza y arrogancia colonialista. El ambiente estaba altamente refrigerado: en el África se considera hasta hoy como cosa muy fina, que los interiores estén a temperaturas polares. En las cuatro paredes de la habitación había enormes pantallas de cine, dos por lado, para que todos los huéspedes gozaran "integralmente" del espectáculo. Los programas estaban a todo volumen y no había manera de apagar o mitigar el sonido. Una de las películas era erótica y la otra de deportes. El tema serio de conversación era, obviamente, la posibilidad de que nuestra fundación se muestre generosa con la universidad y con sus clientes de programas del más dudoso contenido. Lo curioso es que esta gente conseguía invariablemente jugosas tajadas de la cooperación internacional.

Volviendo de Nigeria volamos a Kotonou, capital de Benín, de la cual sólo recuerdo arcos de triunfo, pancartas, adornos y decoraciones en rojo y con consignas revolucionarias. Hicimos escalas en Lomé, capital de Togo, lugar muy provinciano, y en Abidjan, la capital de la Costa de Marfil. Ésta había sido la colonia africana más exitosa de Francia, con una notable producción agrícola basada en el cacao y destinada a la exportación. La boyante economía de Costa de Marfil atrajo a millones de migrantes de otros países. Abidjan era entonces una ciudad muy cara, con edificios imponentes y restaurantes lujosos, sin nada específico para el turista con intereses culturales. Hasta el agua mineral venía de París. Todo esto no impidió que en años posteriores estallase en Costa de Marfil una guerra civil de grandes dimensiones y muy persistente. Luego



volamos a Bamako, capital de Malí. Hicimos algunos trayectos en autobús público (un verdadero sacrificio) y otros por agua, navegando a lo largo del río Níger rumbo a las ciudades de Djenné, Mopti y Timbuctú (también Tombuctou), en las cuales se puede admirar las grandes mezquitas, las murallas y otras edificaciones enormes e imponentes, construidas enteramente de barro y sostenidas por vigas y travesaños vistos de madera. Se trata de una arquitectura muy original, similar a la que se halla en el Yemen: sólida, misteriosa, de tonalidades claras y con una gracia difícil de describir. Malí es sin duda un paraíso para antropólogos e investigadores de identidades curiosas y perdidas en la bruma de la historia. La vestimenta de hombres y mujeres, de hermosos colores y formas exuberantes, es la más vistosa de toda el África. De la mística Timbuctú, ciudad situada ya en pleno Sahara, en el gran codo que forma el Níger antes de dirigirse al sudeste y que estuvo estrictamente prohibida a los extranjeros hasta fines del siglo XIX, queda muy poco en pie, sus edificios están en ruinas y las calles llenas de arena, pero en Djenné se puede ver un centro urbano casi intacto de la cultura maliense, sobre todo la gran mezquita y los palacios de los reyes. Por lo demás el curso perezoso del Níger, los dilatados cultivos de cacahuetes, el tedioso paisaje de la estepa y el desierto y el habitual desorden de la administración y de los servicios públicos, hacían allorar mis prejuicios contra el África.

Durante aquel viaje a través de Malí, que fue a paso lento, Julitane me recibía versos sueltos, especialmente sus favoritos, que eran los compuestos por el Presidente Léopold Sédar Senghor: Mujer desnuda / mujer negra / vestida del color que es la vida, / de la forma que es belleza... En francés la poesía de Senghor tenía una musicalidad nata, un ritmo poderoso que venía de sus raíces. Sus versos simbolistas, que décadas antes habían sido la lectura obligada de los revolucionarios, estaban cayendo en el olvido. En Malí la gente culta tenía sólo una sonrisa displicente por la obra de Senghor: decían que era una creación artificial, copiada de fuentes "imperialistas", sin la savia del pueblo auténtico y sin el mensaje revolucionario que el momento demandaba: un mero ejercicio retórico. Los más informados se burlaban del Ingreso de Senghor a la Académie française, convirtiéndose en el primer africano que entraba al recinto de

los Cuarenta Inmortales. El futuro político de Julitane me pareció muy difícil y poco promisorio.

En Mall, acercándose la fecha de mi partida, yo le propuse matrimonio, que ella no aceptó. En Senegal quería hacer la carrera política que el destino negó a su padre. Si la comprendía bien (pues a menudo Julitane era muy vaga cuando hablaba de política), tenía como programa reivindicar un socialismo moderado, cosmopolita, democrático, sin manías populistas o desvaríos nacionalistas. La fraternidad entre los explotados palabra entonces sagrada en África no debía impedir el surgimiento de individualidades fuertes y únicas. "Hay que acceder a la modernidad sin pisotear nuestra autenticidad". Era el programa de Senghor, demasiado hermoso e impreciso para ser puesto en la práctica. Y, además, Julitane era mujer en un ámbito islámico y machista, donde el bello sexo no tenía presencia pública. Como en todas partes, los políticos se especializaban en el arte de seducir y manipular a las masas. Mi amiga no sabía nada de esos menesteres; hablaba de manera demasiado directa y elegante, decía cosas muy interesantes, pero incómodas, se interesaba por la creación artística y literaria, se vestía de forma cosmopolita. Se notaba a la legua que era superior al promedio de los mortales, cosa que la humanidad soporta mal. En África y en cualquier lugar del mundo, estas cualidades constituyan estorbos para el éxito político. No se lo quise decir entonces, pero me parecía que sus designios en esta esfera estaban destinados al fracaso, como los míos.

La actitud de Julitane hacia mí no cambió hasta el último día de mi breve estadía en Senegal. La última semana fue casi igual a la primera. Desde entonces (1983) no quise y no pude saber casi nada de ella. No mantuvimos ninguna comunicación. Mi jefe y amigo se fue por aquellas semanas a la India, donde había sido nombrado director de la Friedrich-Ebert-Stiftung. Lo único de que me enteré casualmente es que la carrera política de Julitane fue un fracaso. Cuando veo otra vez sus pocas fotografías y cuando escucho la cinta grabada con su voz, me conmuevo como en el primer instante. Reitero lamentablemente un lugar común, pero no encuentro otras palabras. La pasión que sentí por ella se ha transformado en un agradecimiento a Dios por haberme dado algo tan bello y satisfactorio.

Yo no quería y no podía vivir en Senegal: el país y toda la región me caían francamente mal. Y además no tenía ninguna perspectiva laboral. Era la misma situación de Julitane proyectada a América Latina. Ella tenía razón: en Francia o en el Nuevo Mundo sería una simple desconocida, una africana discriminada. Comprendí sus motivos y no insistí: el amor, por más grande que sea, no compensa todo. La despedida fue breve y sin sentimentalismo; Julitane mostró una discreta tristeza, contenida por la buena educación, y un dolor mitigado por saber lo inevitable. Sus emociones tenían un trasfondo estolco-aristocrático: el sufrimiento tiene la función de ennoblecer nuestro espíritu. Me dijo una vez que la inteligencia sirve para convivir con el vacío, la maldad y la mediocridad. No habría que buscar consuelo por todas partes, pues esto sería cosa de la plebe.

¿Por qué consideré este amor como perfecto? No hubo ocasión de enfadarnos. No hubo tiempo para la desilusión

Fin

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

LITERATURA: DESNUDOS DEL PENSAMIENTO CONTEMPORÁNEO



Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII

"En los Campos Eliseos" es lo que completa el título de este diálogo que, al parecer, circuló a principios de 1809, dentro de un clima que ya presagiaba la contienda independista, con el monarca español cautivo de los franceses. No son coplas como señala Castañón Barrientos, quién, además, nos confiesa haber retocado el texto original, modernizando su signografía, con lo que no sólo nos impide apreciar su valor filológico y literario, sino que, al haberse tomado la libertad de modificar la sintaxis original, también altera su concepción estilística.

Atribuido a Bernardo Monteagudo (1785-1825), este "Diálogo" tiene la virtud de revelarnos el pensamiento anticolonialista de entonces, inspirado en las ideas de Montesquieu y Rousseau que ponen de relieve las injusticias emergentes del derecho de conquista.

El "Diálogo" comienza con la aparición del espíritu de Atahualpa que se halla disfrutando de las "delicias" de los Campos Eliseos por cerca de 300 años, cuando descubre a Fernando VII en su camino. Así, en ese circunstancial encuentro, se desarrolla el "Diálogo" que en si es una apología de la libertad. El monarca español se lamenta diciendo que se considera "de todos los soberanos el más triste y desgraciado", debido a la invasión napoleónica a su reino. Atahualpa le responde que él es "El miserable Atahualpa, el infeliz soberano del Imperio del Perú", a quien no sólo le ha despojado de su reino, sino también de su vida. Luego, ambos monarcas justifican su posición, pero los argumentos de Atahualpa son tan contundentes e irrefutables que, Fernando VII opta por retirarse, mientras Atahualpa concluye la obra con la siguiente proclama:

Idos pues Fernando, adiós, que yo también a Moctezuma y otros reyes de América darles quiero la feliz nueva de que mis vasallos ya están a punto de decir: ¡Que viva la libertad!

A.C.R.